

y el silencio mas profundo reinaba en aquel salon interrumpido solo por algunas quejas, vagos sollosos y penetrantes exclamaciones de temor.

El movimiento era terrible, el malestar general; todos los muebles y utensilios del comedor rodaban haciéndose trizas apesar de hallarse colocados expresamente de manera que el movimiento no los hiciera caer y romperse; pero era este tan fuerte entonces, que toda precaucion era inútil y á cada instante llegaba hasta nosotros el ruido que hacian los trastes al caer y hacerse mil pedazos; este rumor repetido era imponente, porque nos denotaba la fuerza de la tempestad.

No era esto solo; no habia luz que pudiera resistir al ímpetu del viento y del balanceo; en vano los marineros prendian una y mil veces las luces del salon corredores y camarotes; tan luego como estaban colocadas en sus sitios volvian á apagarse reinando por doquier una oscuridad profunda, así pasamos la noche en tinieblas y en horrible inquietud.

Repentinamente un fuerte movimiento nos hizo arrojar á todos un grito de espanto; el vapor se habia inclinado enteramente á la derecha, y el agua comenzaba á invadir los camarotes y el salon; la oscuridad era profunda: uno de los

pasajeros que nos acompañaba prendió una luz, y cuando vimos el buque enteramente ladeado, y el agua invadiendo ya el interior, comprendimos que nuestra pérdida era inevitable, y con la angustia en el semblante y la agonía en el corazon, elevamos de nuevo nuestras preces al cielo implorando el auxilio del único que en tal peligro pedia salvarnos..... poco despues vimos penetrar al capitán con una linterna en la mano; su semblante estaba demudado, fijó en nosotras una mirada de compasion y angustia, y volviéndose á los señores los llamó para deliberar con ellos; comprendimos de lo que se trataba y nos concentramos en nosotras mismas; en vano nos herian el llanto y los lamentos que por doquier nos rodeaban; en vano la desesperacion veíamos en algunas de nuestras compañeras; en aquellos momentos terribles en nada nos fijábamos, y solo nos preocupaban las ideas serias de la muerte; y solo podiamos elevar nuestra alma hasta el trono del Creador!

El vapor habia permanecido inmóvil y enteramente inclinado; la rueda de la máquina que por una parte estaba enteramente fuera de las aguas, hacia un ruido terrible y aterrador; las olas que sin cesar entraban por todas partes comenzaban ya á inundar el buque y este se iba sumergiendo lentamente en el fondo del abismo:

diez minutos permanecimos en esta angustia y horrible situacion, en esta cruel agonía, todos ya nos habiamos resignado á morir; pero una secreta esperanza sostenia nuestro espíritu, y Dios se compadeció al fin de los pobres náufragos: por un milagro visible del Eterno; en lugar de venir otra ola en la misma direccion de la que nos habia volcado, y que habria indudablemente acabado de sumergirnos; cambió en aquel momento el viento; y vino en sentido opuesto á salvarnos y darnos la vida: repentinamente sentimos un gran movimiento y un crugido extraño; creímos que el momento terrible habia llegado, y un ¡ay! amargo y agudo se escapó de todos los corazones mas afortunadamente en aquel mismo instante la voz del capitán llegó hasta nosotros como la bendicion del cielo: “¡Nos hemos salvado!” decia, y abandonando á los señores subió sobre cubierta.--En efecto, ¡nos habiamos salvado! la ola bienhechora que en sentido contrario batia el vapor y lo sumergia en la parte opuesta elevándonos por la que estabamos inclinados, habia vuelto el equilibrio al buque y hecho que entrase de nuevo la rueda en el seno de las aguas. El vapor entonces comenzó á abanzar lentamente en medio de aquel mar tempestuoso: un grito de placer se escapó de nuestro pecho, y nuestras ma-

nos se elevaron al cielo para dar gracias al Omnipotente!

El resto de la noche lo pasamos en esa alternativa terrible de la duda y la esperanza, entre la vida y la muerte. Al siguiente dia, el sol brillaba en la mitad del cielo, y la mar tranquila apenas dejaba conocer la tormenta deshecha que habimos soportado: La tripulacion entera se postró entoces á dar gracias al Eterno; la alegria y el contento reinaba en los semblantes; y la gratitud y regocijo hacia palpar los corazones de todos!.....entonces supimos la inminencia y la estencion del peligro en que nos habiamos encontrado. Por diez minutos el buque estuvo enteramente perdido; los botes comenzaron á disponerse para arrojarlos á la mar, y reunido el capitán con los señores se preparaba ya á distribuir los salvavidas; y á dar la voz terrible de: “sálvese el que pueda;” cuando la mano de la Providencia vino á salvarnos; y en lugar de apuellas terribles expresiones, salieron de los labios del capitán dulces palabras que nos volvieron la vida.

Al saber lo inmenso del peligro, fué mas vivo nuestro contento de vernos libres, y nuestros votos de gratitud subieron mas ardientes y entusiastas al pié del trono de aquel Dios que jamas abandola al que lo implora!..... y que siempre vela por sus hijos!..... El resto de la

navegacion fué feliz; el mar en calma y el cielo sereno, nos tenían siempre contentas y tranquilas; ningun incidente nuevo vino á turbar la monotonía de aquella travesía.

Después de haber caminado como 10 ú 11 dias en alta mar, comenzamos á ver tierra en lontananza y nuestro corazon palpité de contento: algunas aves marítimas que cruzaban el espacio, algunas plantas que navegaban á flor de agua, los mástiles de algunos buques que se desbubrian, y cierto olor de tierra bien agradable y muy conocido del que ha navegado; nos hacian presentir llenas de gozo el momento feliz de vernos libres de la navegacion, porque nada estanto al navegante como descubrir la tierra después de pasar algunos dias en alta Mar.

Llenas de alegría estábamos todas sobre cubierta cuando comenzamos á penetrar en la rada, y poco después anclábamos en el puerto; habíamos llegado á San Thomas, y nuestro corazon experimentaba todas las sensaciones de felicidad. Por todas partes se veian aun restos de los desastres que causara en el mes anterior un temporal terrible que habia hecho naufragar muchos buques; y que dejó casi arruinada la poblacion, aparecian las puntas de los mástiles de los buques que se habian ido á fondo asomando entre las aguas como para advertir el peligro que nos

rodeaba; más léjos y encallados en la arena ó estrellados contra las rocas, veianse otros arrojados por la fuerza de los vientos y que se habia perdido al tocar la deseada tierra: ¡cuantas víctimas causó ese temporal desastroso del que sin duda oirian entonces hablar nuestros lectores!.....¡considerable número de personas perdieron en el la vida, y quedaron sepultadas en el fondo del oceano.....!

Preocupadas por estos pensamientos paseábamos la vista sobre aquellos tristes despojos, nuestro corazon se oprimia en presencia de tan terribles desgracias y dábamos gracias al cielo por su proteccion y su bondad inmensa.

Habia entre otros un buque, cuyos restos nos mostraron y cuya pérdida habia causado la ruina de una de las ricas casas de comercio establecidos en Bretaña; al sepultarse entre las aguas se perdieron más de 5 millones de pesos que era en lo que estaba valuado el cargamento que se le habia confiado y que constituia gran parte de la fortuna de aquella casa de comercio embuelta por este accidente en una quiebra y ruina completa; así es el mundo, tanto afan, tanta fatiga para llegar á formar un capital; y un soplo, un segundo, es bastante para destruir la obra de muchos años, quizás de una vida entera!

San Thomas es una poblacion reducida de la

que ya hablamos en el primer tomo de nuestro viage, por lo que ahora omitimos su descripcion: permanecemos anclados solo el tiempo necesario para dejar y tomar la carga y hacernos de carbon, no bajamos á tierra, y nos divertimos durante el dia viendo á los negros y negras con sus trajes blancos, trasportando al vapor el carbon de piedra; toda la noche se pasó en esta operacion, y á la mañana siguiente á eso de las 7, levantó ancla el vapor y comenzamos alejarnos de San Thomas ó introducimos en el alta Mar: pronto perdimos de vista las costas, y agua y cielo nos rodearon de nuevo por doquier.

El resto de nuestra navegacion fué feliz ne- cuanto cabe: la Mar estaba tranquila, el cielo sereno y ningun peligro nos inquietaba: nuestros compañeros de viaje, nuestras amigas con quienes ya habiamos adquirido una ilimitada confianza; nos hacian pasar unos dias realmente deliciosos así es que nuestra travesia era un placer continuado: en las noches cuando el claro de la Luna, nos reuniamos todos sobre cubierta y cantábamos ó bailábamos en medio de la más radiante alegría, la idea de que teniamos que separarnos nublabá nuestro contento; y cosa rara, en aquellos momentos amábamos la mar, y deseábamos que nuestra travesia se prolongara; en esta parte de nuestra navegacion, tuvimos sin em-

bargo que sufrir bien tristes impresiones pues cuando al pasar ante la isla del Sombrero, nos pusimos á considerar que en lugar de seguir la ruta que conduce á Veracruz, nos dirigiéramos á Panamá; una amargura profunda se apoderó de nosotras, la idea de no regresar á la patria, de ir á un país desconocido y tener que sufrir allí quien sabe por cuanto tiempo la dura pena del ostrasismo y el destierro, oprimia nuestra alma: si siempre es amar estar léjos de la patria, cuando esta ausencia es forsoza, es aun más triste punsante y doloroso! estas ideas desgarradoras nos ocupaban al perder de vista la isla del Sombrero, y al pensar en nuestra familia de la que entonces más nos alejábamos, un suspiro se escapó de nuestro pecho, y lágrimas amargas empañaron nuestros ojos.

Nuestras tiernas amigas y los compañeros de viage procuraron distraernos, y pronto con su sollicitud y su amena conversacion lograron disipar algun tanto las lúgubres ideas que nos preocupaban.

Cuatro ó cinco dias despues la tierra se presentó de nuevo ante nosotros, y por esta vez rodeada de atractivo y de indefinible encanto: nos hallábamos en la entrada de Jamaica y comenzamos á penetrar en su deliciosa bahía. Eran las 10 de la mañana; el cielo estaba sereno y el sol

brillaba en todo su esplendor sin que una sola nube empañase su radiante claridad: sentadas sobre cubierta admirábamos los bellísimas panoramas que se extendían ante nuestra vista: la mar era un espejo, apenas se notaba en ella las ligeras ondulaciones de su corriente, y mas bien parecía un lago cristalino, las playas se presentaban deliciosas bañadas por las aguas veíanse las lenguas de tierra que daban entrada á la Bahía: Ahí se ostentaban esos árboles tropicales que encierran tanto atractivo, tanta poesía. Los palmeros, los plátanos, los cocales, prestaban dulce sombra á aquel ardiente suelo; mezcladas entre estos árboles seductores se veían algunas aisladas casas; y reclinados á sus sombras algunos pobres negros rendidos por el calor y la fatiga.

Al contemplar tan bellos cuadros figurábasenos estar en el Africa ó en alguna de las ricas posesiones de la India: Al fin el vapor arrojó el ancla, y nosotras estaciadas contemplábamos aun los deliciosos paisajes que nos rodeaban: un espectáculo conmovedor nos arrancó de nuestra contemplacion: en una varquilla atada al costado del vapor, estaban dos marineros muy tranquilos; repentinamente comienza á desahogar la máquina y el agua ardiente fué á dar sobre la varquilla; uno de los marineros entonces aturdido sin dar tiempo á que la lancha abandonase aquel

sitio, se precipitó á la mar y pronto fué preso de las olas que lo alejaron del vapor; las aguas estaban tranquilas la tierra á muy corta distancia, fácil era ganar á nado la orilla; sin embargo cuando aquel hombre se vió solo en medio de las aguas comenzó á pedir auxilio; jamás el terror se ha visto mas bien retratado, su semblante estaba lívido y con una espresion de amarga desesperacion; su cabello herisado, y sus manos entorpecidas reusaban prestarle sus servicios: flotaba en el agua aquel cuerpo humano, y nosotras conmovidas pedíamos al Eterno salvase sus dias: arrojaronse salva-vidas al naufrago; pero este habia perdido de tal manera el ánimo que no pudo asir ninguna, hasta que logrando acercarse á el sus compañeros de la lancha lo recogieron y lo trasladaron á bordo: aquella escena nos impresionó vivamente, cuando lo vimos salvo dimos gracias al Eterno, al Dios lleno de bondad y misericordia, y temblamos á la idea de un naufragio porque si aquel hombre siendo marinero estando casi en la playa y con una mar tan tranquila, no habia podido ganar la orilla y estuvo próximo á morir solo de terror; ¿qué seria de nosotras si alguna vez por desgracia naufragásemos? nuestra muerte era segura. Estas espantosas y lúgubres ideas nos preocupaban, y procurábamos alejarlas porque ellas enlutaban nuestro corazon.

Poco despues saltamos á tierra y allí con las gratas impresiones que recibimos se disiparon los tristes pensamientos que nos preocupaban. Mas suspendamos por un momento la narracion de nuestro viaje, para dedicar nuestra atencion al manuscrito de Genaro. Decia así:

CAPITULO CLII.

Continúa el manuscrito de Genaro.

De nuevo fuera de la ciudad se paró el carruaje frente á un pintoresco edificio de estilo del todo campestre penetramos en él y fuimos recibidos por cuatro jóvenes que me saludaron afectuosamente despues de haberse arrodillado para recibir la bendicion del buen sacerdote que se llamaba Bernardo; causome esto cierta impresion de admiracion y advirtiendolo al instante el padre me dijo: Como aún no os he hablado nada de este sitio no es extraño que noteis con cierta admiracion lo que en el pasa Genaro; pero cuando os lo diga